

HOMILÍA EN LA ORDENACIÓN PRESBITERAL DE ROBERTO MERA Y DIACONAL DE REGINALDO DOS SANTOS Y SEBASTIÁN MOLINA

Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús Viernes 19 de junio de 2020

Hermanos en Jesucristo:

“Vengan a mí todos” nos dice Jesús en este día en que celebramos su Sagrado Corazón. En este día en que se ordena presbítero nuestro hermano Roberto y se ordenan diáconos nuestros hermanos Reginaldo y Sebastián.

La imagen del Corazón nos sugiere la idea de lo esencial. Nos lleva al corazón del Evangelio. Nos lleva al corazón del designio del Padre que a manos llenas prodiga su amor en la creación y en la redención. Nos lleva al corazón de la misión del Hijo y de la acción del Espíritu Santo en cada hombre, en la Iglesia, en el mundo y en la historia. El Corazón de Cristo nos habla del amor misericordioso como motivo por el cual Dios se revela, se nos comunica y nos salva.

Hace un instante hemos escuchado la Palabra del Señor. Los textos que se nos han proclamado son realmente como la síntesis de todo lo que el Padre nos quiere decir por su Hijo, su Palabra que se ha hecho carne, y que el Espíritu Santo nos revela plenamente, llevándonos **“hasta la verdad completa”** (Jn 16,13). Es la verdad que solo los pequeños pueden comprender (ver Mt 11,25).

El Deuteronomio nos ha mostrado el corazón de Dios, cuando hemos oído: **“No porque ustedes sean el más numeroso de todos los pueblos se ha enamorado el Señor de ustedes y los ha elegido, pues ustedes son el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que les tiene”** (Dt 7,8).

Si nos quedásemos solo con el Antiguo Testamento, podríamos decir que con eso nos hubiese bastado. Un israelita fiel podría haber dicho: El Señor ya no puede darnos signos aún mayores de su amor de los que ya nos ha dado. Y sin embargo, un judío, San Juan, será el encargado de decirnos que sí hay un signo aún mayor del amor de Dios: **“En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios mandó al mundo a su Hijo único”** (1 Jn 4,9).

¿Por qué este modo de actuar del Señor, que nos desconcierta, a nosotros tan propensos a aplicar una justicia pura y dura con los otros? Otra vez la Palabra de Dios nos lleva al corazón. Toda la Escritura está traspasada del amor de Dios a favor de los pecadores. Pero nunca se había llegado a expresar de un modo tan perfecto, tan conciso el corazón del misterio de Dios. Lo hemos escuchado. Son solo tres palabras: **“Dios es amor”** (1 Jn 4,8).

El Corazón de Jesús es el símbolo de todo lo que Dios nos ha revelado, de todo lo que nos ha regalado y de todo lo que nos ha prometido. En el Corazón de Cristo está significado el corazón del Evangelio.

En el día de la ordenación de nuestro hermano Roberto, como presbítero, y de nuestros hermanos Reginaldo y Sebastián como diáconos en tránsito al presbiterado, todo nos habla de la gratuidad del amor del Señor y de nuestra indignidad que hace que no merezcamos ese amor. Por eso es consolador que se nos diga: **“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”** (1 Jn 4,10).

¿Cuál es el corazón, la esencia, del ministerio sacerdotal, al que nuestros tres hermanos están llamados? Quiero responder a esta pregunta, recurriendo a un documento reciente del Papa Francisco: *Querida Amazonía*. Aunque está destinado específicamente a iluminar la realidad social, cultural, ecológica y eclesial de la Amazonía, sin embargo, también nos puede inspirar en nuestra pastoral diocesana en cuanto a los principios generales desde los que parte el Papa Francisco, aplicados de modo diverso según nuestra propia realidad.

Es muy importante volver una y otra vez a lo esencial, al corazón del ministerio sacerdotal. Hay que comprender siempre el ministerio sacerdotal desde su identidad, que debe resplandecer clara y transparente. Dice el Papa Francisco: *“Si se incultura la espiritualidad, si se incultura la santidad, si se incultura el Evangelio mismo, ¿cómo evitar pensar en una inculturación del modo como se estructuran y se viven los ministerios eclesiales?”* (n. 85).

El Papa plantea esto en relación a las condiciones únicas de la Amazonía, tan distintas a las de otros lugares en cuanto a la extensión territorial, las numerosas comunidades dispersas y de difícil acceso, la gran diversidad cultural, los problemas sociales y la propia opción de algunos pueblos de recluirse.

Pero el Papa Francisco pone una condición para que esta inculturación del ministerio sea legítima: Conservar la perenne identidad del sacerdocio ministerial (ver n. 87).

Volvamos a nuestros hermanos Roberto, Reginaldo y Sebastián que recibirán el sacramento del orden. Ellos son relativamente jóvenes. Si Dios así lo quiere, tienen por delante muchos años de ejercicio de ministerio. Quizá cincuenta, sesenta, incluso más de setenta años. ¿Qué puede pasar con la sociedad y con la misma Iglesia en este periodo de tiempo, toda vez que vemos como los cambios nos sorprenden y desconciertan por su cada vez mayor rapidez, con giros impensados, como los que estamos viviendo ahora con la pandemia?

¿Cómo avanzará el secularismo? Todo hace prever que el número de los creyentes se irá reduciendo significativamente, al menos en Chile y en general en el mundo occidental. No es tampoco un desatino pensar que el creciente secularismo tome formas explícitamente anticristianas y se exprese en una abierta persecución religiosa.

¿Cómo se “inculturiza” el ministerio sacerdotal en un posible contexto de insignificancia social del sacerdote y de la fe en general, o en condiciones de pobreza económica y ausencia de colaboración de las autoridades, o en una abierta persecución que obligue a ejercer el ministerio en la clandestinidad?

Pero, precisamente, porque el futuro es incierto no podemos dar hoy recetas de cómo se vivirá inculturizado el ministerio dentro de unos años más. “Por eso -nos dice el Papa Francisco- es importante determinar qué es lo más específico del sacerdote, aquello que no puede ser delegado” (n. 87). Quien se ordena hoy debe tener claridad de la identidad del sacerdocio ministerial, para procurar vivir íntegramente esa identidad en el modo de pensar, de hablar y de actuar en cualquier circunstancia, favorable o adversa. Así lo dice Pablo: **“Se andar escaso y sobrado. Estoy avezado a todo y en todo: a la saciedad y al hambre; a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en Aquel que me conforta”** (Fil 4,12-13).

El Señor nos ha regalado vivir este tiempo y no otro. Es el tiempo de Dios para nosotros. Es el hoy de la gracia del Señor. Y pareciera que estos son tiempos para volver al corazón de las cosas, para volver al Corazón de Cristo. Para redescubrir y revivir, quizá, la esencia de lo que es, en nuestro caso, el ministerio sacerdotal, tal como lo han comprendido y vivido los sacerdotes que la Iglesia ha declarado santos, para ser ellos, además de intercesores, modelos de vida sacerdotal precisamente en lo que es esencial.

A la pregunta de cuál es la identidad del ministerio sacerdotal, en qué consiste la esencia del sacerdote, el Papa nos dice que *“la respuesta está en el sacramento del Orden sagrado, que lo configura con Cristo sacerdote. Y la primera conclusión es que ese carácter exclusivo recibido es el Orden, lo capacita sólo a él para presidir la Eucaristía. Esa es su función específica, principal e indelegable”*.

“El sacerdote es signo de esa Cabeza que derrama la gracia ante todo cuando celebra la Eucaristía, fuente y culmen de toda la vida cristiana. Esa es su gran potestad, que sólo puede ser recibida en el sacramento del Orden sacerdotal. Por eso únicamente él puede decir: «Esto es mi cuerpo». Hay otras palabras que sólo él puede pronunciar: «Yo te absuelvo de tus pecados». Porque el perdón sacramental está al servicio de una celebración eucarística digna. En estos dos sacramentos está el corazón de su identidad exclusiva”, además de la Unción de los enfermos (nota 129).

Continúa el Papa: “Los laicos podrán anunciar la Palabra, enseñar, organizar sus comunidades, celebrar algunos sacramentos (el bautismo y el matrimonio), buscar distintos cauces para la piedad popular y desarrollar la multitud de dones que el Espíritu derrama en ellos. Pero necesitan la celebración de la Eucaristía porque ella «hace la Iglesia», y llegamos a decir que «no se edifica ninguna comunidad cristiana si esta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada Eucaristía».

Si de verdad creemos que esto es así, es urgente evitar que los pueblos (...) estén privados de ese alimento de vida nueva y del sacramento del perdón, y por eso exhorto a todos los fieles a seguir orando al Señor por las vocaciones sacerdotales” (88.89). Hasta aquí la cita del Papa Francisco.

“Vengan a mí”. Roberto, Reginaldo y Sebastián vayan siempre al Señor, a la fuente de todo bien. Vayan al corazón del ministerio sacerdotal, que es el mismo Jesús. Él les invita a que le traten como a un amigo, porque Él les ofrece su amistad como nadie lo puede hacer. En el amor del Señor podrán purificar, sanar, elevar todos los amores humanos. El celibato se convertirá en Ustedes no en una carga intolerable, sino que será la expresión del amor de Cristo por todos. Experimentarán que si Él les ama de esta manera, también ustedes podrán amar como Cristo y ofrecer a todos su amor.

“Vengan a mí”. En sus cansancios y agobios busquen alivio, fortaleza, paz y alegría en el Señor: en la escucha de su Palabra, en la comunión de su Cuerpo y Sangre, en la oración de la Liturgia de las Horas y en la meditación, en la confesión de sus pecados, en María, en la fraternidad sacerdotal, en el consejo de un director espiritual, en la comunión con la Iglesia, expresada en su obispo, en el presbiterio y en la Diócesis.

“Vengan a mí”. Vayan siempre a Jesús, una y otra vez, especialmente en su presencia eucarística, y verán que se cumplirá la promesa del Señor: **“El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed”** (Jn 6,35). Saciados del amor de Jesucristo, se suscitará en ustedes la efusividad del amor. El mismo que les dice **“vengan a mí”**, les dice **“vayan a todos”** (ver Mt 28,19). La identidad sacerdotal, el volver siempre a su esencia, se expresa en la catolicidad del ministerio, según los propios carismas e irrepetibles características personales de cada ministro.

El amor verdadero, el amor cristiano es siempre universal, es siempre católico. Nunca es exclusivo con nadie. Nunca es excluyente de nadie. **“Vayan a todos”** porque todos necesitan a Jesucristo. Vayan a todos siempre como sacerdotes. Que todos vean en ustedes, siempre, en todo lugar y circunstancia, al ministro de Cristo. **“Vayan a todos”**, para que todos **“vengan a mí”**. No es otra la misión de la Iglesia y de sus ministros ordenados.

El que se sabe ministro de Cristo dice: **“Es preciso que Cristo crezca y que yo disminuya”** (Jn 3,30). El enviado por Cristo va a todos, para que todos vayan a Cristo. Pero ninguno, yendo al ministro, se debe quedar en él, porque el ministro es solo mediador, servidor, pastor que pierde la vida por las ovejas, para que las ovejas reciban la vida de Cristo. El ministro ama a todos, para que todos amen a Cristo.

Precisamente, Roberto ha elegido como lema sacerdotal: **“Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que Tú has enviado, Jesucristo”** (Jn 17,3). Es un lema que expresa la centralidad de Jesucristo en la vida y en el ministerio del sacerdote. Roberto será portador de Cristo. Su aporte a los demás será Cristo, entregarlo a todos por el anuncio de la Palabra y la celebración de los Sacramentos. Lo suyo específico será el énfasis de la entrega de Cristo a los hermanos en la Eucaristía, en el perdón de los pecados y en la unción de los enfermos.

Y Sebastián tiene como lema diaconal: **“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”** (Hb 10,9). Estas palabras expresan la disposición de todo fiel cristiano, y mucho más si es ministro consagrado, a ser obediente a Cristo como una exigencia del auténtico amor: **“Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos”** (Jn 14,15). Es la voluntad que se vive habitualmente en lo cotidiano, en lo escondido del corazón y de la habitación, en las muchas horas de oración ante la Eucaristía, en el trabajo ministerial anónimo, aparentemente rutinario, muchas veces no reconocido ni agradecido.

Y nuestro hermano Reginaldo ha querido que su lema sean las palabras de la Virgen María: **“Hagan todo lo que Jesús les diga”** (Jn 2,5). Es el consejo de una buena madre a un hijo. La Virgen María es la primera en hacer todo lo que el Señor dice: **“He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”** (Lc 1,38). Ella conoce, por propia experiencia cómo se puede ser feliz y cómo se puede hacer feliz a los otros, ya en la tierra, pero plenamente en el cielo: por Cristo, con Él y en Él. Y es también la Iglesia, nuestra Madre y Maestra, la que nos dice: **“Hagan todo lo que Jesús les diga”** (Jn 2,5). La Iglesia es la que nos dice: Vayan a Jesús, escúchenlo en su Palabra, reciban su vida comunicada en los Sacramentos, amen como Él nos amó y hagan todo lo que Él les diga. Para ser un buen padre de todos, hay que ser un buen hijo del Padre celestial y de la Iglesia. Hay que ser hermanos de todos en Cristo.

Agradezco a Ustedes hermanos, aquí presentes, que estén acompañando a Roberto, Reginaldo y Sebastián en representación de todos aquellos que participan de nuestra celebración a través de internet y que hubiesen querido estar aquí repletando el templo, como es habitual en las ordenaciones. Pero las circunstancias no lo han permitido. Hermanos que nos acompañan por internet, les agradezco su presencia virtual, pero real y actual.

Agradezco a los fieles laicos venidos de las parroquias en donde sirven pastoralmente quienes hoy se ordenan: San Francisco de Padre Las Casas, Loncoche y Catedral. Ellos representan a todos los laicos de la Diócesis.

También agradezco a la Hermana Liliana Gómez que haya venido en nombre de todas las religiosas que sirven a sus hermanos en tantos lugares a través de la oración, como las Hermanas Clarisas, y del apostolado activo.

Agradezco a los dos diáconos que nos acompañan, don Roberto Aguirre y don Eduardo Silva. Ellos hacen presente al cuerpo diaconal y hoy incorporarán a Reginaldo y Sebastián como hermanos.

Gracias a Ustedes, hermanos sacerdotes. En la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, la Iglesia celebra la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes. Nuestra gratitud por su presencia y ministerio entre nosotros se transforma en oración por ellos. Los sacerdotes aquí presentes, en nombre del presbiterio de la Diócesis, acogen a un nuevo hermano, a Roberto. Será como un hermano menor que tendrá que aprender mucho de la experiencia y sabiduría de sus hermanos mayores. Sobre todo del P. José Neira, su párroco, que es para él padre y maestro.

Agradezco al Seminario Mayor San Fidel, representado por su Rector, P. Javier Silva, su formadamar, P. Cristian Rivera y su Director Espiritual, P. Pablo Fernández – Martos. Gracias por su servicio de formativo.

También les agradezco a los maestros de ceremonia y a los seminaristas su dedicación a preparar esta celebración en sus ritos y en sus cantos.

Por último, me dirijo a las familias de nuestros hermanos Roberto, Reginaldo y Sebastián. Agradezco muy especialmente a sus padres. Ellos han sido los primeros y fundamentales educadores en humanidad y en vida cristiana y eclesial de quienes hoy se ordenan. Ellos son hoy, en gran medida, lo que han recibido de sus padres. Y también el sacramento del orden y su ejercicio ministerial serán vividos con el carácter personal de cada uno, que expresa el aporte de los padres, de la historia familiar, de la experiencia eclesial y de la relación personal con el Señor.

Todo esto, que configura la personalidad de cada uno, está abierto a crecer en madurez cristiana, animados por la caridad, el amor infundido por el Espíritu Santo que suscita la libertad de los hijos de Dios y que en el sacerdote se expresa en el don de sí hasta dar la vida por Cristo y por los demás.

A todos les pido que no dejen de orar por Roberto, Reginaldo y Sebastián. Son jóvenes, experimentan la debilidad de su condición pecadora, de la fuerza de la tentación del demonio y la seducción de la mentalidad mundana. Oren por ellos, por intercesión de la Virgen María, para que sea el amor de Cristo quien les haga ser siempre fieles a su vocación y que **“la alegría del Señor sea su fortaleza”** (Neh 8,10).